

bles: «¿Por qué Lacedemonia y Atenas, tan poderosas por las armas perecieron, sino por haber rechazado á los vencidos como extranjeros, mientras que Rómulo nuestro fundador, mas previsora, vió en un solo dia á la mayor parte de los vecinos de Roma, enemigos y ciudadanos suyos?» El Senado accedió á los deseos del emperador, pero contra su voluntad. Claudio siguió, sin embargo observando la línea de conducta que se habia trazado y si se manifestó siempre benévolo con los provinciales, con los judíos, sobre todo, si hizo castigar severamente á los prevaricadores, eso no quiere decir que llevara su tolerancia hasta permitir lo que podia poner en peligro la supremacia política de Roma; eso hizo con los judíos que intentaron convertir el tesoro del templo en fortificar los muros de Jerusalem y eso explica la encarnizada persecucion á los druidas que mantenian en las Galias una poderosa fermentacion nacional y religiosa. El culto fué proscrito los bosques sagrados profanados y los sacerdotes y sus amigos sacrificados.

Para dar un golpe de muerte al druidismo, decidió Claudio la célebre expedicion á Bretaña, foco principal de aquel culto salvaje. Una gran parte de la Isla fué sometida por las legiones, á pesar de los esfuerzos de los druidas, que desde la isla de Mona atizaban la lucha. El episodio más interesante de esta guerra, fué la gran batalla librada contra el valiente Caractac, en el país de Galles, en que sucumbieron luchando heroicamente los bretones. Claudio, que asistió á algunas operaciones felices de la campaña, volvió á Roma, con el sobrenombre de *Britannicus*.

En la Germania, donde las legiones habian recobrado ya la última de las águilas de Varus, capturada por Hermann,

hubo necesidad de alguna lucha, pero todos reconocieron la supremacia de Roma. El excelente general romano Corbulon, hubiera querido penetrar en el corazon de aquella aglomeracion terrible de pueblos; pero Claudio se lo prohibió. Entonces se dedicó á construir un canal entre el Rhin y el Mosela; trabajos de esta clase se hacian tambien en España, en el Danubio, en el Asia Menor, en toda la extension del imperio, y al par de ellos avanzaba la obra de colonizacion. (La más notable de las colonias de Claudio, fué *Colonia Agrippina*, á orillas del Rhin.) En el Oriente, la eterna lucha de los romanos y los parthos por la Armenia, recorrió diversas peripecias, y las cosas quedaron ahí en un estado inquietante hasta el reinado siguiente. La Judea, á la muerte de Agrippa, á cuyo hermano Herodes habia dado Claudio la Kalkhidika, fué reunida á la provincia de Siria; en Africa, la Mauretania fué conquistada y dividida en dos provincias; en el resto de las fronteras, á pesar de algunos indicios alarmantes, la paz fué completa. Las tentativas de alterarla partian más bien de Roma, en donde se conspiraba constantemente contra la vida del emperador, mientras que algunos osados, como Scribonianus, pretendian sublevar las legiones; este, logró su intento con las de Dalmacia, pero cinco dias despues los soldados, arrepentidos, lo asesinaron. Con este motivo, los suplicios, las exacciones, las delaciones, se dieron libre curso en Roma, y la avidez de Messalina, la mujer del emperador, y de los libertos, no se saciaba sino aglomerando víctimas y allegando tesoros. Como siempre, hubo de parte de esas víctimas, sobre todo, de las que pertenecian á la escuela estoica, ejemplos de heroismo y de abnegacion admirables.

Messalina, descendiente de Antonio

y Octavia, llegaba entonces al máximo de esos desórdenes sin nombre, que la historia conoce marcados por el fierro candente de Juvenal, y que han hecho suponer á algunos sabios modernos que la meretriz imperial era *un caso* de ninfomanía. Llegó aquella insensata, hasta celebrar públicamente su matrimonio con un noble romano, Silanus, y Claudio, á quien se habia embaucado con una patraña, firmó el contrato. Silanus empezó á ser el emperador, los libertos se alarmaron, y uno de ellos, Narciso, convenció á Claudio de su deshonra. Todos los cómplices de Messalina perecieron, pero ella habria sido perdonada por su imbécil marido, si Narciso no la hubiera hecho morir por su propia cuenta. Dejó al emperador dos hijos, Britannicus y Octavia.

Entonces los libertos empezaron á luchar entre sí, para obtener que el emperador escogiese por esposa á la mujer que cada uno de ellos protegía. Pallas triunfó; su querida Agrippina, hija de Germánico y sobrina de Claudio por consiguiente, que habia heredado la pasion dominante, pero no la virtud de su madre, fué recibida en el tálamo imperial. Agrippina habia tenido de su primer marido, Domicio Ahenobarbo, un hijo, *Domitius Nero*, á quien se propuso hacer heredero del trono, para reinar ella á su sombra. Empezó por casar á su hijo con Octavia; luego (50) Pallas hizo que Claudio adoptase á Neron, lo que era designarlo á la sucesion del imperio, en perjuicio de su propio hijo. Cuando Agrippina se encontró armada así para reinar, hizo envenenar á su marido, aprovechándose de su glotonería y de la habilidad de Locusta, célebre envenenadora. Claudio habia muerto ya y Roma lo ignoraba, mientras Agrippina esperaba la hora favorable para hacer de su hijo un emperador. Llegada ésta y acep-

tado el nuevo príncipe por los pretorianos, fué proclamado por el Senado. (54).

Claudio tuvo los honores del apoteosis, pero Séneca se encargó de quitar la máscara á aquella sociedad que por servilismo se daba dioses como Claudio, en su famosa sátira: *Apokolokytosis*, en que al mismo tiempo que pone en ridículo á Claudio en el Olimpo, dá un golpe de muerte á la religion oficial.

Si Claudio no hubiera tenido una personalidad tan indecisa y vaga, se podría asegurar que, ménos respecto de la aristocracia romana, víctima eterna de los emperadores, fué un buen gobernante. Pero lo que hay de notable en su reinado, es el avance extraordinario que logra la evolucion de las instituciones imperiales, necesarias para realizar la unificacion del mundo antiguo. Esta obra se debe á los libertos Pallas y Narciso, como lo ha probado el inteligente discípulo de Mommsen, Otto Hirschfeld; estos libertos hicieron pasar la administracion á manos de los funcionarios imperiales, que eran en las provincias los *procuradores* y en Roma los libertos; todos ellos entran en posesion de la jurisdiccion civil y consuman la division entre el tesoro imperial y el del Senado, dando al primero una importancia capital.

NERON. (54-68).--*Los cristianos*.--*Nero Claudius Cesar Augustus Germanicus* tenia 17 años cuando subió al trono. En él convergían la raza duray cruel de la rama de la *gens Domitia*, que se apellidaba de los *Ahenobarbos* (barbas de bronce) y la sangre pervertida de Germánico. La herencia de Neron era de crueldad, de despotismo, de lujuria, de amor á la sangre. Agréguese á esto un espíritu torcido, disuelto por la adulacion, un carácter sistemáticamente enervado por la educacion, puesto que su madre se

había propuesto hacer de él un instrumento de dominación, y colóquese á un individuo formado así fisiológicamente, en un medio social como el de la Roma de aquel tiempo, ármesele con la omnipotencia absoluta, enloquézcasele con los honores divinos, y tendremos la explicación de ese fenómeno de patología histórica que se llamó Nerón. No hemos de detallar sus crímenes: eso queda para la frase cínica de Suetonio; estudiaremos á grandes rasgos al hombre, y nos preocupará la suerte del imperio, ese protagonista de la historia de la Roma imperial, siempre presente de la obra de los clásicos.

Se llama el quinquenio feliz, el período de los primeros cinco años de Nerón, porque durante él los desórdenes, las orgías, los crímenes, no salieron del recinto del palacio imperial, y el joven monarca repetía en público las frases que su preceptor, el retórico Séneca, le había enseñado. Este hombre notable, el más notable de los filósofos moralistas de Roma, después de Cicerón y Marco Aurelio, de estilo declamatorio y teatral, pero que prestó á la humanidad el inestimable servicio de compilar y propagar las máximas de la más pura moral, y Burrhus, honrado oficial lleno de complacencia para su amo, dirigieron al principio el gobierno. Agrippina, heredera del carácter dominador de su madre, quiso realizar su programa de reinar en nombre de su hijo: Séneca y Burrhus, explotando los malos instintos de Nerón, se lo impidieron; Agrippina amenazó con devolver el trono al hijo de Claudio, á Británico, cuya hermosa voz causaba la envidia de Nerón; para llegar á este extremo, Agrippina había agotado todos los medios de mantener bajo su influencia á su hijo, y si hemos de dar crédito á los escritores del siglo de los Antoninos, no se detuvo ni ante el

incesto; todo fué en vano: Britannicus murió envenenado con un brevaie preparado por Locusta. Poco tiempo después, Agrippina tuvo que retirarse de palacio; estaba en plena desgracia.

Desembarazados de Agrippina Burrhus y Séneca, gobernaron bien, castigaron á los prevaricadores, á los falsarios, hicieron efectiva la justicia gratuita, y el filósofo español hizo avanzar la tendencia, propia de las tradiciones imperiales, á hacer desaparecer las relaciones de reina á vasallos que existían entre Roma y las provincias; la ciudad imperial empezó á ser la capital, no la dueña del mundo.

Algunas medidas económicas de mucha importancia como la supresión de los impuestos indirectos, fracasaron ante la oposición de los ricos; en cambio, se dictaron varias buenas medidas en favor de los contribuyentes, hasta entonces á merced de los agentes fiscales; se protegió el comercio etc. Se contuvo á los gobernadores que hacían pesar sobre las provincias los gastos de sus fiestas, se disminuyeron los derechos á los delatores, se socorrió en grande escala á los pobres, se regaló al pueblo, y se detuvo, con donativos importantes, la bancarrota del tesoro senatorial. Es verdad que, obedeciendo á un espíritu de reacción aristocrática contra el gobierno de los libertos bajo Claudio, se tomaron algunas disposiciones crueles sobre los esclavos, como la de condenar á muerte á todos los de un ciudadano asesinado, y á los libertos, que viviesen bajo el mismo techo que la víctima; pero muchos hechos prueban que en la práctica de la justicia, la legislación contra los esclavos se endulzaba cada día más, y que las clases inferiores estaban penetradas de simpatía por ellos.

Nerón continuaba su vida de desórdenes, después de administrar grave-

mente justicia, y era el director de tumultos nocturnos en las calles y en los teatros, acompañado de los jóvenes petimetres (*trossuli*) de Roma. Entre ellos había uno, Othon, de cuya mujer, Sabina Poppea, se enamoró el emperador; Othon fué desterrado á un gobierno en España y su mujer, tan bella como ambiciosa y depravada, partió el lecho de Nerón. Para ser emperatriz tenía dos obstáculos, Agrippina y la dulce Octavia, esposa legítima del César. Aniceto, un miserable instrumento de Nerón, se encargó de hacer desaparecer á la primera; le tendió una celada mientras navegaba, pero habiéndose salvado á nado, fué asesinada en una de sus quintas. Nerón, Séneca y sus amigos fingieron que la madre había complotado la muerte del hijo y el Senado y el pueblo celebraron espléndidas fiestas por la salvación del parricida.

Es verdad que mientras, Nerón cometía estos crímenes, mientras dando rienda suelta á sus caprichos, se convertía en cochero en los circos, y cantante en los teatros, las provincias vivían tranquilamente, las ciudades todas del imperio acudían en auxilio de cualquiera de ellas que fuese víctima de una catástrofe, como sucedió en Laodicea el año 60, y que en Roma lo mismo que en el resto del mundo los crímenes eran severamente castigados; pero todos temían el porvenir.

Por esa época los provinciales comienzan á preponderar en la literatura, en las ciencias; galos eran el poeta Cornélius Gallus, el historiador Trogo Pompeius, el orador Domitius Afer y el sensual y elegante epicureo Petronio, árbitro del gusto en la corte imperial que había venido después de los anteriores. Apollonius de Tyana, filósofo, taumaturgo, santo, con el cual las mujeres sirias de la corte de Severo, quisieron hacer un Cristo pagano, para

oponerlo al de los cristianos, pasó entonces por Roma; Stacius, el famoso improvisador vivía entonces ahí con la gran colonia española agrupada en derredor de Séneca, cuyos miembros más distinguidos eran Gallion y Mela, que ejercían altas funciones, Lucano, el autor del poema épico *Farsalia*, en donde hay versos admirables y huecas declamaciones, adulaciones indignas y rasgos llenos de estoica fiereza: Marcial, el gracioso, impuro y miserable epigramático; el geógrafo Pomponius Mela; el célebre Collumella, que quiso ser el nuevo legislador de la agricultura y se creyó capaz de igualarse á Virgilio; Quintiliano, el apreciable sábio que formuló recetas para hacer oradores, etc. Toda esta pléyade de ilustraciones de la decadencia, prueba lo adelantado que estaba ya el trabajo de fusión del mundo y los rumbos distintos que el génio humano iba á tomar: los grandes poetas, los grandes historiadores, habían desaparecido ó iban á desaparecer en la generación siguiente, pero elementos nuevos tendían á reemplazarlos.

Algunos acontecimientos militares interrumpieron esta magnífica era de paz, en que no se escuchaba más que el ruido que hacían en Italia y en las provincias los trabajadores abriendo caminos y canales y levantando monumentos. Corbulon después de brillantes campañas en el Oriente, obligó á los parthos á solicitar la paz (63) y al rey de Armenia á ir á Roma á recibir la corona de manos de Nerón. Los otros generales mantuvieron la paz á lo largo del Danubio y del Rin, siguiendo la política de Augusto que había prohibido toda guerra con los germanos, pero procurando hacer el desierto del otro lado de la frontera. Por eso fué duramente rechazada la tribu de los Amsybares que pedían tierras y que desde entonces vagaron sin asilo por toda la Ger-

mania; algun dia tomarán la revancha contra Roma, entónces llevarán el nombre de *francos*. En Bretaña hubo una lucha más seria: ahí, exasperados los bretones por la rapacidad de los agentes romanos y estimulados por los druidas de la isla de Mona, se rebelaron, poniendo á su frente á la viuda de uno de sus reyes, Boadicea. Los romanos lograron apoderarse de la isla de Mona y Boadicea fué vencida á pesar de su heroismo (61).

Burrhus murió y ocupó su lugar el infame Tigellinus; Séneca, inquieto é inmensamente rico se retiró de la Corte y Neron, espoleado por Tigellinus y Poppaea, dió rienda suelta á sus furroses. Una de las primeras víctimas fué Octavia: calumniada, repudiada, llamada de nuevo gracias á la resuelta actitud del pueblo y acusada de nuevo de adulterio fué relegada á la isla Pandataria y ahí recibió la muerte. Entre las personas asesinadas, poco despues, se encuentra el famoso libertino Pallas, á quien Neron debia el tronó: eso sí, mientras se asesinaba, mientras los senadores, sus mujeres y sus hijos se prostituian infamemente al histrion imperial, este hacia oír en los teatros *su vos divina* y más tarde, cuando fué á tomar parte en los juegos olímpicos, dió la libertad á los griegos que le habian aplaudido frenéticamente.

El año de 64, estalló en Roma un incendio que duró nueve dias. Neron estaba ausente al principio, pero las víctimas de esa enorme catástrofe le imputaron aquel crimen inaudito; la imputacion era injusta, pero Neron sabiendo que aquel pueblo reducido á la miseria no oiria la razon, achacó, con una maldad infernal, el incendio, á algunos grupos de pobres disidentes judios que se reunian en los miserables tugurios del arrabal en que empezó el incendio, para celebrar en comun los

sencillos oficios de su culto. Es probable que los judios, entre quienes habia personajes importantes por sus riquezas y que odiaban á aquellos herejes, contribuyeran á hacer concebir al emperador su abominable proyecto: supo entonces Roma que habia una nueva religion que hacia cada vez mayor número de prosélitos entre los esclavos, los obreros y la gente perdida y que sus sectarios se llamaban *cristianos*. Neron, para castigar á aquellos desgraciados, exhumó un antiguo tormento, los hizo atar desnudos á unos postes, los vistió con camisas embreadas y por la noche hizo que los encendieran como antorchas ante aquel pueblo ébrio de vino y de odio. Hasta Tácito, que como toda la aristocracia romana, desprecia profundamente á los cristianos, se siente conmovido al narrar esta atrocidad.

Puesto que de tan trágica manera hace en este momento su aparicion en la primera escena del mundo romano el cristianismo, contaremos en breves palabras su origen deteniendonos, á fuer de historiadores en los hechos secundarios, sin pretender penetrar en el dominio sagrado de la fé.

Hasta los más eminentes representantes de la critica negativa respecto de los orígenes del cristianismo, como Strauss, convienen en la realidad histórica de Jesus, que segun Clinton nació el año 749 de la fundacion de Roma bajo el imperio de Augusto y fué crucificado el año 778, fechas diferentes de las vulgarmente seguidas. Convienen además en la autenticidad de la enseñanza moral consignada sobre todo en los tres primeros evangelios, bien diversos por la forma y por el fondo del IV evangelio que corresponde de lleno á la corriente helénica en que se envolvió la idea cristiana. Al hablar del profetismo hebreo hemos apuntado los antecedentes históricos de la doctrina

de Jesus, en las épocas anteriores á él y posteriores á la cautividad de Babilonia, en cuyo período enriqueció tanto su fondo dogmático el hebreísmo por su contacto con los persas, sectarios de Zoroastro; el carácter de esta doctrina moral que consistia en anteponer las buenas obras y sobre todo la caridad á las prácticas del culto externo, llegó á tal grado de desarrollo que no solo las escuelas espiritualistas, como la de los fariseos, la profesaban por boca de algunos doctores insignes como Hillel, sino que se habia hecho moneda corriente entre las clases inferiores, por cuya razon un sábio ha podido decir que en tiempo de Jesus, el sermón de la Montaña corria las calles de Jerusalem.

Para la escuela histórica, lo que constituye la originalidad imponderable de la obra de Jesus, aun haciendo abstraccion de la fé, es su tentativa resuelta de destruir todo el formalismo de la ley antigua, su conciencia clara y profunda de la perfectibilidad indefinida del hombre y su idea de reducir á una fórmula sublime de amor las relaciones del hombre con la divinidad.

Los judios que habian visto desaparecer la última sombra de su libertad con el último vástago de los Macabeos, trabajados más que nunca por ardientes apóstoles, por profetas oscuros que anunciaban el próximo advenimiento del período mesiánico y á quienes seguian turbas inmensas por las montañas y los caminos, vivian en esa atmósfera particular impregnada de misterio, en que se agitan los pueblos en vísperas de las crisis definitivas de su historia; estado especial del espíritu alimentado por la literatura apocalíptica, cuyo tipo era el gran libro de Daniel, redactado poco despues de la violacion sacrilega del templo por Antiokos Epifanes. Los judios esperaban á cada mo-

mento la llegada del Mesias; Jesus fué saludado con este nombre, pero la conciencia de su mision espiritual expresada en un estilo etéreo impregnado de un encanto indefinido, que nos revela el Evangelio, alejó de él las turbas. Los cuerpos gobernantes de la iglesia hebrea, lo consideraron como un herege, los romanos lo creyeron un agitador peligroso y el dulce profeta recibió la muerte en el afrentoso patíbulo de los esclavos.

Sus discípulos formaron un grupo en Jerusalem, bastante tímido para confundirse casi con los judios ortodoxos, pero donde el culto de la personalidad de Jesus absorbe su doctrina. ¿Quién fué el primero que llevó la buena nueva á Antioquia, al Asia menor, á la Grecia, á Roma? Se ignora; solo sabemos que todos los centros judios donde aparecia el cristianismo, los recién llegados empezaban á enseñar en las Sinagogas, ahí encontraban terribles adversarios pero tambien prosélitos; un núcleo de creyentes se formaba y los otros judios para destruirlos los denunciaban con un odio implacable á la autoridad romana, que generalmente despreciaba las delaciones; las llamaba *querellas de judios*. El cristianismo de este período oscurísimo, aparece para la historia como una especie de judaísmo disidente, hasta que el paso de un hombre por Antioquia, por el Asia menor, por la Grecia le viene á dar una individualidad propia. Este hombre fué San Pablo; él rompiendo con los cristianos de Jerusalem, con los apóstoles, negó la obligacion de sujetarse á las fórmulas judaicas y desechando la vieja corteza de la antigua ley, hizo fácil para los gentiles la adopcion del cristianismo. Entónces no se habian redactado los evangelios griegos, que son los que nosotros conocemos, y Pablo formuló la doctrina cristiana tal como la conce-